

El aprendiz de novelista

Palou García, Pedro Ángel

1992

<https://hdl.handle.net/20.500.11777/4291>

<http://repositorio.iberopuebla.mx/licencia.pdf>

EL APRENDIZ DE NOVELISTA

PEDRO ANGEL PALOU *

Para Christopher

Estaba en casa de su amigo Enrique. Mientras él se había ido a preparar el café, Sebastián hojeaba los libros de la mesa de centro. De pronto —con la misma casualidad con la que aparecen y se esfuman los grandes amores— se topó con uno pequeño, diminuto: apenas del tamaño de una caja de cerillos. *The literary cat*. Era una colección de citas sobre los gatos. Empezó a revisarlo, más por su volumen que por curiosidad. Sebastián odiaba a los gatos desde que un alergólogo le diagnosticó asma a causa de haber vivido con ellos. “Es una suerte que no tenga usted toxoplasmosis”, terminó el médico proporcionándole más odio que consuelo. Desde aquel entonces cada vez que un gato se topaba en su camino empezaba a toser compulsivamente y le salían unas erupciones terribles en la piel. “Si usted viviera cerca de un gato, moriría” fue la última sentencia del doctor. Pero Sebastián no pensaba en eso, sino en sus ganas de convertirse en un novelista, en bucear por las profundidades del alma humana y escribir sobre ellas. Por eso estaba con Enrique que le prestaba libros y lo ayudaba en sus incipientes cuentos e historias. Dio la vuelta a la página en el momento que Enrique regresaba con el café, para leer, entusiasmado con el pánico instantáneo de la felicidad, una cita de Aldous Huxley: “Si quieres ser un novelista psicológico y escribir acerca de los seres humanos lo mejor que puedes hacer es tener un par de gatos.” Tomó la frase literal, cruelmente. Emily, la gata de Enrique recién había tenido una nueva camada y le pidió dos gatos, una hembra y un macho. Enrique, que siempre había tenido que encerrar a su gata cuando llegaba Sebastián, intentó prevenirle, pero la resolución de escribir su novela sobre una

* Escritor poblano; Premio de Narrativa “Jorge Ibargüengoitia”, 1991.

pareja que se ha separado era más fuerte que cualquier consejo y ahora con la frase de Huxley quedaba claro que lo único que le faltaba era un par de felinos para contemplar en ellos —como en un espejo— la incertidumbre de las relaciones humanas. Salió rumbo a su casa con los gatos y antes de llegar compró un litro de leche y una canasta. Ya les acomodaría unos cojines para que durmieran.

Esa noche, aún consciente del peligro, Sebastián se sentó frente a la máquina y escribió el primer capítulo. “Ya todo estaba en mi mente”, pensó. “Sólo hacía falta algo para comenzar a crear.” Se durmió sintiendo apenas las molestias de la alergia: una pequeña comezón y la idea de que la garganta se le estaba cerrando. No importaba, seguro que con una semana tendría el primer borrador y luego podría mandar a volar los gatos: matarlos o regalarlos, daba igual. Tuvo la precaución de ponerlos a dormir en un cuarto separado del suyo. Durmió bien, seguro de que su obra maestra saldría del horno en pocos días. A la mañana siguiente se sirvió un vaso de leche y volvió a colocarles un poco a los gatos en su platito. Les había puesto Bouvard y Pecuchét. Los animales daban vueltas por el estudio, afilándose las uñas en los lomos de los libros, trepando por los sillones, orinándose en la afombra. Sebastián los contempló un rato y siguió escribiendo. “Sólo hace falta que me sienta a escribir para que la historia fluya como una cascada”, le dijo a Enrique que le había hablado por teléfono para ver cómo estaba. No le dijo nada acerca de la garganta y se cuidó de no toser. Una vez que hubo colgado le dio un ataque breve pero fuertísimo y tuvo que ir al cuarto de baño a lavarse la cara. El espejo le entregó una mueca más que un rostro: estaba todo lleno de granos y erupciones. Aun así regresó a contemplar a Bouvard y Pecuchét y a escribir.

Estaba redactando una parte difícil del tercer capítulo (ella decide dejarlo y él se queda sentado en un sillón, sin hacer nada) y vino el segundo ataque. Esta vez fue más fuerte. Habrán sido como las diez u once de la noche y Sebastián no había comido. Ocho o nueve horas de escritura continua. Llevaba más de cien páginas cuando empezó a sentirse mareado y con fiebre. El termómetro le devolvió el pánico: tenía cuarenta grados. Fue a servirse un wiskey y a seguir trabajando. Era ya tarde cuando guardó lo que llevaba escrito y fue a acostarse. Los gatos estaban dormidos desde hacía mucho rato. La noche fue una continua pesadilla apenas interrumpida por despertarse continuos, sudando frío, doliéndose amargamente de todo el cuerpo. El wiskey había ayudado a bajarle la presión y la falta de comida lo tenía postrado en un estado casi catatónico: lleno de sobresaltos agudos y espasmódicos como el amor. Viendo

dormir a Bouvard y Pecuchét se le ocurrió la escena final en la que los amantes, que han regresado por una extraña fuerza de atracción —que igual los había repelido antes— están dormidos; él apoyando la cabeza en su nuca: ambos entrando al sueño eterno después de las botellas de barbitúricos. Despertó apenas a las seis de la mañana para seguir escribiendo y llegar a esa escena final. Les puso a los gatos lo que sobraba de leche y comió unos panes sin nada: no tenía fuerza para guisarse y quizá tampoco para comer. Estaba terminando el capítulo quinto cuando vino el tercer ataque. Sebastián no pensó recuperarse. Le dolían todas las articulaciones y apenas si podía respirar. Los gatos ronroneaban y se le acercaron mientras estaba tirado en el suelo. Logró acercarse la máquina a la alfombra y siguió escribiendo ahogado, con respiraciones cada vez más seguidas y más cortas: como una plancha de vapor a la que se le está acabando el agua. No tuvo siquiera ánimo de apartar a los gatos al poner el punto final acompañando a sus personajes. Los gatos seguían jugando con las mangas de su camisa, sin percatarse de su muerte. Cuando Enrique logró abrir la puerta Bouvard y Pecuchét habían destrozado la ropa y partes de la piel de su amigo y estaban afilándose las uñas con lo que quedaba del pantalón.